

1. EL GORRO DE FELPA BLANCO

GUILLE - ENERO, 1998

Ese año al Nino le dio por usar un gorro ridículo de felpa blanco. La cosa era un asco, mugriento como las uñas de mi viejo cuando salía a tomar y se desaparecía por días. Se lo ladeaba para cubrir la mitad de su cara como creyéndose el buen mozo, pero, si quieres mi opinión, no le resultaba en lo más mínimo. A los otros chicos les enfurecía. —Qué se cree, el marica— decían. Como les hacía tan poca gracia y le hacían burla, a mí me empezó a gustar esa gorra fea. No porque me gustara el conflicto, en realidad trataba de evitarlo. Pero me gustaba el nervio que tenía el Nino, ese no-me-importa que por un par de años le había ganado una patotada de seguidores, un clan. Tenía una seguridad en sí mismo que escaseaba tanto en este pueblo. Además tenía catorce años, o sea era dos años mayor que el resto del curso —se había retrasado porque aprender era lo último en su lista de prioridades— así que al principio todos en el curso querían ser su amigo. Pero así como ganó sus amistades, las fue perdiendo en la manera en que su sentido de la ironía fue superando al de todos los demás.

Tengo una teoría. Creo que la profesión de su papá contribuyó a la mala fama del Nino. Los demás cabros decían que era mala suerte ser hijo de un forense, más mala suerte que caminar bajo una escalera; porque al abrazar a tu papá cuando llega a la casa puedes oler la muerte en su camisa, que si te da un beso en la frente antes de irte a dormir, te da el beso de la muerte. Cuando realmente querían enojar al Nino, le decían que su mamá no tenía que temer que su esposo la estaba engañando con una mujer más joven, porque su papá sólo tenía sexo con los muertos. Ese es el tipo de cosas que decían sobre el Nino.

Y así fue que me convertí en el mejor amigo del Nino, a pura suerte de ser el único que no me fui. Dicen que la perseverancia vale por mucho.

Digo que no me gustaba el conflicto, pero si me gustaba hacer cosas que no debía con tal que no nos pillaran. Era todo chiste, nada grave. O sea, cosas como bajarle los pantalones al que se nos acercaba y robarles los espejitos a mis hermanas chicas para mirar bajo la falda de las compañeras. O intentar matar conejos con piedras cuando me tocaba a mí traer las ovejas de vuelta al corral. O sacarle las colas a las lagartijas y coleccionarlas en una jarra, a ver cuántas podíamos atrapar antes de que la primera cola parara de moverse. Lo mejor era, eso sí, en la clase de historia. Ya nos habían pillado en la clase de religión y de matemáticas, pero en la de historia estábamos en nuestra salsa. Nos tocaba sentarnos al frente de una despistada que no cruzaba las piernas durante toda la clase. La llamábamos la Pava, porque nunca se fijaba en qué andábamos. Yo ponía mi mejor cara de santo para el profe mientras el Nino a mi lado sacaba un espejo y mirábamos duros los calzones de la cabra y, cómo la piel tierna en el hueco de la falda se le movía cuando cambiaba de posición en la silla.

La Pava era la última niña en la escuela que besaría, por lo espinillenta y despistada. Más encima era demasiado enamoradiza, suspirando a cada rato, y eso a mí no me gustaba. Ya me había despertado un par de noches sudando de una pesadilla en la cual la Pava me agarraba en sus dedos gordos y no me soltaba más. Pero de lejitos bien. De lejitos y por debajo de la mesa.

Lo mejor era la reacción del Nino. Era como que se inflaba con ese espejito, no con orgullo sino otra cosa, algo casi siniestro, que se hacía más y más grande al pasar de los días. Me causaba gracia y un poco de miedo, verlo tan atónito y con el espejito de aquí para allá como que si fuera una extensión de su mano. La cara se le ablandaba y alargaba, como que se le derretía. Una vez le hablé cuando estaba mirando en el espejo, y cuando se volvió hacia mí para contestarme, en sus ojos vi un largo pasillo negro, un túnel de conejo imposible de penetrar. Me daba hambre verlo con ese hueco. No sabía qué hacer para sacarlo de allí.

Por culpa del Nino, incluso me metí en algunas peleas. A él sí que le gustaba el conflicto y por su imprudencia me metí en tantas tonterías.

Pero después como que me quedó gustando. Él me dijo que iba a ser así y salió verdad. No sé cómo lo sabía, si yo era tan miedoso. Me llamaban El Guarisapo por flacuchento y metió en más de lo que podía masticar. Pero me quedó gustando el sabor del polvo en mis dientes, mezclado con la sangre que no sabía si era mía o de otro. Me cargaba el principio de las peleas, siempre quería salir corriendo, pero el Nino me gritaba —¡Guille, adónde vas!— y me agarraba de la camisa, y después ya era muy tarde para escapar. Lo mágico era que cuando estábamos puño a puño, se me olvidaba el mundo. Tal vez era mi manera de soportar la situación, una reacción masoquista —si no podía ganar, más valía perder con ganas, sentir el nacimiento de la derrota como una clave hacia un mundo secreto, un mundo en donde lo que se cree malo se vuelve bueno. Entonces el corazón se me ensanchaba y sentía una gran paz, percibiendo que todo en el mundo existía en el mismo plano. Una vez se lo traté de explicar al Nino.

—Cuando perder es ganar y vives perdiendo, el mundo se desliza ante ti, vivo y sediento, lleno de posibilidades—. Tenía unas ganas grandes de perder, de quedar derrotado y sudoroso en el suelo.

El Nino creía que mi razonamiento era de lo más raro, enredado e indirecto. Su gozo era más inmediato, sin razonamiento: le gustaba sentirse grande, eso era todo. Claro, para él era fácil decir eso. Tenía una espalda ancha, hombros que yo envidiaba. Los míos tenían filo; si parecían cuchillos. El Nino se reía de mí, decía que la forma más eficaz de derrotar a mis enemigos sería de rodar encima de ellos y cortarlos con mis hombros.